

CORREO DE GERONA

DEL LUNES 1.º DE JUNIO

DE 1795.

Memorias de Cataluña.

Sin embargo, Constancio que unía á un excesivo valor, mucha pericia y conocimiento del arte de la guerra, no perdió el animo; muy al contrario, tubo muchas ventajas en varios combates, y los Godos se separaron enteramente de toda la Galia: entonces Ataulfo se fixó en Barcelona, é hizo la paz con el Emperador Honorio.

Los Godos, gente belicosa y tenáz, viendose fuera de la Italia y de la Galia, malcontentos de hallarse encerrados en un pequeño pays, menospreciaron á Ataulfo, á cuyo poco valor atribuían los malos sucesos: se tramaron muchas conspiraciones contra su persona, y acabó sus dias á manos de sus vasallos.

Las Guardias del Rey difunto mataron á su asesino, pero el principal motor de la conspiracion huyó, y realizando al fin su designio, se apoderò del Cetro y de la Corona de su victima.

Sigerico, que era el nombre del usurpador, lleno de temor, como todos los tiranos, y siguiendo la voz de una politica, mas barbara que segura, hizo degollar los seis hijos de Ataulfo, y todos sus partidarios. Quando creyó consolidada su obra, se
entre-

entregò todo à los proyectos ambiciosos, y se manejò con tanta crueldad para con sus subditos, que nadie lo mirava ya si no como asesino del Soberano. Recibió bien pronto el premio de su conducta, pues fue degollado con quatro de sus hijos en la Ciudad de Barcelona.

Walia, hijo de Ataulfo, que habia evitado con la fuga la crueldad de Sigerico, fue quien vengò la muerte de su padre. Los Españoles le elixieron Rey, y subió en efecto al Trono: pero con la condicion de hacer la guerra à los Romanos: se preparò para ella con ardor, y habiendo levantado una armada numerosa, marchò hacia Gibraltar con animo de pasar à Africa; este proyecto lo impidió una borrasca que sobrevino, que la destruyó quasi toda y se vió Walia precisado à recoger los restos de su gente y restituirse à Barcelona en donde procuró restablecer sus fuerzas.

Ataulfo estaba casado de segundas nupcias con Placida hermana de Honorio, y por su fallecimiento quedò esta en poder de Walia quien estaba en guerra con el suegro de su padre. Honorio habia prometido la mano de Placida à su General Constancio, si la podia sacar de entre los Godos.

Constancio con el doble motivo de la gloria y del amor, aprovechò la ocasion de la falta de fuerzas de los Godos por la perdida que habia causado la borrasca, y se vino inmediatamente à España. Walia que consideró lo inutil que sería su resistencia, quiso mejor tratar las cosas con dulzura y entregò à Galla Placida al General Constancio: al mismo tiempo se efectuó la paz entre las dos Naciones; entonces Walia volvió sus armas contra los Wandalos, Alanos &c., y conquistó toda la parte meridional de la Galia, concediendole la propiedad de ella el Emperador Honorio.

Cons.

3
Constancio que se hallaba en el auge de su gloria, despues de haber tranquilizado toda la España, se restituyó à Constantinopla, cerca del mismo Honorio, quien completó el premio de sus servicios, dandole por esposa à su hermana, à lo que se hizo acrehedor por la fuerza de su brazo. De allí à poco tiempo falleció Constancio dejando à Placida anegada en el mayor sentimiento como los demas que le habian conocido. Todo el Pueblo derramó lagrimas : este es el premio mas dulce del verdadero heroismo, y el que debe apetecer todo corazon generoso; en su muerte clamaban los ciudadanos „La patria que salvaste te debe toda su felicidad : asi te lo confiesa; estos „laureles que sembramos al rededor de tu sepulcro perpetuan tu gloria con rasgos indelebiles.“

Ætio le sucedió en el mando de los Exercitos, pero el miedo que le infundieron los movimientos de los barbaros, le encerró en la España Citerior. Noticioso de esto Honorio, y atribuyendolo mas à la cobardía de Ætio, que al poder del enemigo, embió en su lugar à Castino quien imitó à Ætio, y se retiró tambien à la Citerior.

CONCLUTE EL 4.º DIA DEL VIAGE de Don Ordoño.

D. Ordoño. Ciertamente es así lo que aseguré; la naturaleza se suele manifestar avarienta de sus favores, pero no los rehusa enteramente. Yo he conocido algunas mugeres tan dotadas de merito, que nada les faltaba de quanto puede desear un hombre que en su comercio busca la felicidad. Por lo que me parece que por mas que nos quejemos, toda la justicia no está de nuestro partido. Examinemos con imparcialidad nuestra conducta hacia el sexo. ¿podremos buscar ó esperar fidelidad en él, quando en nosotros se las da el mas interesante exemplo de perjuros? ¿sinceridad, quando todo en nosotros es perfidia? ¿sencillez, quando todo es falsedad? ¿constancia, quando entre petimetres, y gente del gran mundo, es quasi deshonra el ser constante?.... instruidas por nuestros artificios de que las virtudes las son inutiles, y que el candor, el mas bello atributo del alma, no ocasiona mas que sus perjuicios, aprenden el doblez, la desconfianza, la inveracidad, hacen un arte estudiado de los caprichos, y fundan sus triunfos en la coqueteria: ultimamente: aduladas, y convencidas de que no buscamos en ellas mas que la belleza, emplean todos sus esfuerzos, y se valen de los medios mas exquisitos para aparentarla las que carecen de ella, ó para aumentarla con el socorro del arte las que fueron mas favorecidas.

Sin embargo, se encuentran muchas que por
una

una fuerza superior, de alma y talento, resisten todos los impulsos de la corrupcion, y estrago de las costumbres, exceptuandose de todos los vicios, que ordinariamente les atribuimos. Y si entre nosotros es tan escaso el numero de los que piensan ¿por que exigimos tanto de las mugeres, quienes segun nuestro dictamen, no tienen otro mayorazgo que la debilidad, y el don de agradar?

Aun me atrevo à decir mas: pongamos en una exacta balanza nuestra conducta con la de las mugeres y veamos à que lado se inclina. Supongase una muger que verdaderamente aficionada à un hombre, (hablo no de un hombre qualquiera sino de uno que piense, y que esté algo desprendido de las preocupaciones del mundo) procure agradarle y para ello le ponga à la vista los sentimientos mas puros, mas finos de amor y de ternura; que se pinte como una muger virtuosa à quien estremezca la sola idea de inconstancia; con que expresiones tratará nuestro semejante estas nuevas è inesperadas demostraciones de afecto? ¿con que colores se presentará à sus ojos esta muger extraordinaria? acaso no serán los mas apreciables; pero al contrario, que se manifieste muy impuesta en las maximas acomodadas al mundo; nada de virtud, nada de solidez, mucho espiritu listo, mucha viveza; habrá terminos con que exajerar el merito de esta deidad encantadora?....

Sigamos tambien al hombre quando ha fixado sus ojos en una muger que desde luego determina para su victima: si la advierte modestia, y decoro no se presenta à ella si no con el caracter del pudor y de la honestidad, que le franquea la hipocresia. Si es atolondrado è

impe-

impetuoso , aparece juicioso y moderado : si vicioso , nunca habla mas que de las delicias de la virtud : si ella no muy credula rehusa adherirse à sus palabras , se arroja à sus pies , protesta ante los Cielos su pureza , y sinceridad ; finge la desesperacion : y dice que en nada estima su vida si no puede unirse con la que adora. La infeliz seducida , no duda ya de una pasión que crée haberle inspirado su corazon derecho y la generosidad de su alma ; se lisongea de esto , cae en fin en la red del perdidó : pero à poco tiempo ocupa el dolor el lugar de la confianza ; una fatal experiencia le enseña la desgracia que no supo prevér ; queda sumergida en lagrimas ; se buelve el juguete , la fabula de la sociedad , en donde su insolente seductor publica la infame victoria.

Algunas veces los hombres conservando aun ligeros sentimientos de honor , pretenden encubrir su traicion y proceder , con palabras dulces y artificiosas , y abusando todavia de la flaqueza de su amada , se procuran escusar al serio cargo de autores de sus infortunios.

Esto me acuerda una obrita que leí , hace poco tiempo , en donde una Dama engañada con la apariencia de virtud de un Inglés , llegó à ser la triste victima de su excesiva credulidad.

(A este tiempo saca un libro de la faldriquera y continua)

Veah Vms. aqui con que terminos responde à la ultima carta que él la habia dirixido , en la que procurando desvanecer con frases bestu diadas y esfuerzos del ingenio , los vicios de su conducta tenia descaro para decirle que seria siempre su mas tierno y constante amigo.

(Lée)

„ Mi-

Milord, yo os debo la respuesta de vuestra última carta, y voy á darosla; pero como he renunciado á vos, á vuestro amor, á vuestra amistad, á la mas ligera especie de vuestra memoria, os la embio en un papel cuya copia espera el editor de un periodico de Londres para insertarla en él: vereis aqui mi natural estilo, aquel estilo que tantas veces lisongeó á vuestra vanidad: pero sabed, que estos caracteres que llamabais *sagrados*, que apreciabais con tanto ardor, que os eran tan *recomendables* y que me haciais remitir con tanta *continuation*, ya no los verán jamás vuestros ojos; concluirá con este, el crecido número de billetes en que consumia injustamente el tiempo, y en donde presentaba el espejo de mi alma.

Decís en vuestra última carta *que me sois y sereis siempre el mas afecto con la mas tierna amistad*: mil gracias, Milord, de ese sublime esfuerzo: mucho deberia sin duda á la generosidad de vuestro corazon, si este rasgo os pudiera indultar del odio y del desprecio que os conserva una muger, á quien habeis ofendido tan vivamente: decís *que no mereceis el titulo que os doy y que nunca fuisteis mi enemigo*: ¿teneis osadia de repetir que nunca lo fuisteis? ... ¿os atreveis á rogarme *que no olvide á un hombre que me fue tan caro*? no, Milord, no; no lo olvidaré: un rasgo indeleble lo gravó en mi memoria, pero jamás me acordaré de él si no para detestar sus artificios.

Temblad ingrato: yo voy á conducir mi mano atrevida hasta el fondo de vuestro corazon: voy á desembolvér vuestros interiores, voy á desarrollar, á poner presente vuestra perfidia, vuestra horrible traicion. . . . Mas ¿lo podré ha-

hacer? ¿envileceré á los ojos de toda la Inglaterra un objeto que algun tiempo lisongeó los míos? no; haré un quadro cuyos colores tengan mucha menos expresion de la que realmente debia darles: ofuscaré entre sombras, algunos defectos que para vuestra confusion yo los sé, y tengo la bondad de ocultarlos á el mundo todo.

Quiero, Milord, que por un instante os encerreis dentro de vos mismo, que me escuchéis, y me respondais. De tantas qualidades de que hacíais alarde, de tantas virtudes con que os decorabais, decidme ¿de qual me disteis pruebas? sincero, generoso, compasivo, liberal, amigo de los hombres, lleno de aquella noble heroicidad que caracteriza la verdadera grandeza; la bondad, la rectitud, el honor, la verdad, parecia que reglaban todos vuestros sentimientos, que dirixían todos vuestros pasos, que guiaban todas vuestras acciones; si Milord; así lo deciais, y yo, yo, lo creía: ¿y por que habia de dudarlo? nada hallaba en mi corazon que me hiciese desconfiar del vuestro.

No os aplaudais de haberme engañado; no, no os aplaudais: el mas habil seductor debe mucho menos á su destreza, que á la buena fé, al candor de la que hace su victima.

Mas ¿como un Milord, uno de los primeros papeles de la Gran Bretaña pudo degradarse hasta el punto de imponerse unas obligaciones tan distantes de su elevado caracter? ¿como tener tantas atenciones? ¿pero con quien? ¿quien era el objeto de su consideracion? una simple ciudadana, á quien solo distinguia un interior poco comun ¿y que, una muger de esta esfera

me-

merecia exercitar los talentos de tal personage?
 ¡Ah! ¡que honra tan fatal! ¿porque desgracia
 me disteis esta preferencia? sin celebridad, sin
 lucimiento ¿como pude inspiraros el deseo de
 hacerme infeliz? ¿que fruto sacasteis de esa in-
 justa fantasía?... Los gemidos de mi corazon
 ahogados por la prudencia; mis lagrimas derra-
 madas en el seno de una sola amiga; la alte-
 racion de mi salud; nada sirvió à vuestra vani-
 dad; todavía se ignora tanto el objeto de mi
 dolor, como el gage que de todo haya saca-
 do vuestro orgullo. Es fixo que no habeis triun-
 fado de la virtud de mi alma porque hasta es-
 te punto todavia conservava y conservo los au-
 xilios del pudor, pero ¿quien sabe si lo hubie-
 rais hecho, à no haberos contenido un interes à
 quien os era forzoso doblaros?

Pero continuo mis cargos ¿con que titulo os
 hallais autorizado para aflixirme? ¿que ley me
 sujeta à vuestro capricho? ¿quien os permite
 abusar de la sinceridad? ¿quien os hace arbi-
 tro de mi destino? yo no os buscaba; tranqui-
 la en mi obscuridad, alexaba de mi quanto po-
 dia turbar una vida, sino dichosa, à lo menos
 sosegada ¿porque vuestro arte perfido se em-
 pleó todo en desfigurar vuestros designios? yo
 creo que os propusisteis entretenerme, y divertir
 vuestro ocio, interin que la fortuna llenaba
 vuestros deseos ambiciosos, é interesados, con
 objeto digno de vuestra perpetua union: me
 persuado que ensayabais en mi corazon los tiros
 con que queriais rendir el de otra muger, à
 quien vuestra vanidad escoge para compañera:
 ¡ah! ¿os leo el interior? ¿penetro vuestra alma?
 ¿os cubre en el momento de leer estas clausulas
 un frio sudor, efecto de la misma naturaleza
 com-

commovida, á quien no puede resistir el vicio del alma? ¿os confundís? pues oid mas.

Si yo conociendo vuestros criminales designios, me hubiera prestado á ellos, si con una credulidad comun hubiera condescendido á la correspondencia de una pasion de que no dejabais duda, no tubiera de que quejarme: pero ¡haber apurado vuestra idéa las demostraciones del respeto mas profundo, haberme hecho ver unos transportes tan tiernos y dulces como moderados, haber empeñado para el logro de vuestra empresa todos los esfuerzos de la intriga!... vil seductor: digno para siempre de mi desprecio, confundios; mi corazon os desdeña: mas noble sino comparacion que el vuestro, no otorga su amistad á quien no supo, ò no pudo conservar su estimacion: un odio immortal, es el único sentimiento que le pueden inspirar vuestra ingratitud y vuestra falsedad.

Pero que ¿engañar á una muger es violar las leyes de la probidad? ¿es acaso falta de honor el ser traidor á una Dama? ¿la seduccion del sexo es un delito? no: es un proceder recibido:..... muchos lo han hecho..... muchos lo hacen.....

¡Ah Milord! hay un numero excesivo de esos hombres; pero son hombres viles, bajos, sin caracter: conducidos por su inclinacion á obrar el mal, no se atreven á ofender á aquellos que pueden castigarles; se destinan á hacer la desgracia de un sexo, á quien la preocupacion ha reducido á no poder quejarse, ni vengarse.

¿Y quienes sois hombres? De donde sacais ese derecho de faltar con una muger á las consideraciones que os imponeis entre vosotros? ¿que ley hay en la naturaleza, que estatuto auto-

autorizó jamás en un Estado esa insolente diver-
 sidad? ¡que! ¿vuestra palabra contrahida sim-
 plemente os empeña con el ultimo de vuestros
 semejantes, y vuestros repetidos juramentos no
 os obligan con la amiga que os escoxisteis?
 Monstruos feroces que nos debeis la felicidad,
 y el hechizo de vuestra vida: vosotros que no
 conoceis sino el orgullo y el amor impetuoso
 de vosotros mismos, decidme ¿sin la dulzura,
 y sin la afabilidad, sin la amenidad que hacen
 nuestro mayorazgo, ¿qual seria el vuestro?
 ¿pensais que nuestras manos rehusarian lavar
 con sangre los ultrages que recibimos, si la bon-
 dad de nuestros corazones no ahogará el de-
 seo de la venganza? ¿sobre que fundais
 esa pretendida superioridad? ¿sobre el derecho
 del mas fuerte? pues: ¿porque no lo ha-
 ceis valer? ¿porque no empleais la fuerza en
 vez de la seducccion? entonces nos sabriamos
 defender: la costumbre de resistir nos enseña-
 ria á vencer ¿no nos educais en el seno de la
 molicie y la blandura? ¿no nos bolbeis débi-
 les y timidas? mas ¡ah crueles! que no es
 para otra cosa sino para reservaros el injusto
 placer que disfrutan aquellos cazadores, que
 sentados tranquilamente, vén caer en sus lazos
 las presas inocentes que conduxeron con astucia
 á embolberse en sus redes.
 Mas ¿hasta donde me precipito? vuestra me-
 moria, Milord, es la que me presenta tan
 duras reflexiones sobre vuestros semejantes:
 ¿quien me habria anunciado que la ternura
 y estimacion que os tenía, me precisarian al-
 gun dia à hacerlas? ¡Ah Milord! vos soys
 quien destruíis con vuestra conducta el respe-
 to que tenia á vuestro caracter: mi corazón

se adhirió demasiado à un error no creyéndolo tal, y buscaba todos los medios de conservarlo. Yo misma sobornada por la dulzura de veros, aun queria disminuir vuestros agravios y me hubiera creído dichosa de no tener que derramar lagrimas sino por un efecto de mi delicadeza; pues sabed, Milord, que el amor entrando en un corazon bien hecho jamás sale. En el golfo del dolor, en aquellos momentos horrorosos que el alma abatida, y quasi sin exercicio, parece que no muebe una maquina que cede al peso que la oprime, aun se buelbe naturalmente hácia la causa de su mal; le parece que la mano que clavó la saeta ella sola tiene la facultad de arrancarla. Situacion horrible, inexplicable, en la que desprendida de todo el Universo y aun de sí misma, no se acuerda mas que de la causa inhumana que la ha reducido à un estado tan funesto: el corazon no se presta entonces à otro sentimiento que al de su pérdida; se olvida de todo, y unicamente se dexa llebar por aquel objeto que le presenta la imagen del autor de su infelicidad; la estimacion, la amistad, los menores respetos, todo le parece que debe proponerlo para no perder absolutamente el bien que vé huirsele de entre sus ojos; à los restos de este que le ban quedando hasta su total extincion, pone un precio immenso: semejante al infeliz que lucha con las olas, se abraza con quanto le presenta un débil apoyo.

Yo me encontraba en esta terrible agitacion y en este horroroso desorden, quando creí perdonaros y restituiros mi ternura y mi confianza: aun los mismos improprios con que no cesabais de affixirme, suprimian los que yo debia ha-

haberos hecho para recompensaros ; vuestras atenciones , vuestras lagrimas , parecia que movian de nuevo mi alma y que excitavan mi reconocimiento ; la amargura de mi dolor, como que no me permitia dejar de ser sensible al vuestro ; ya yo no podia veros gemir à mis pies , sin que renaciese aquel tan verdadero como tierno afecto del que alevosamente me deciais *que dudabais y que os parecia apagado* : ya iba à prepararos una nueva alianza y reconciliacion : mis lagrimas , causadas por el gozo, y la ternura , se mezclaban con las que vuestra perfidia y vanidad os hacía derramar ; crei en fin que todavia podia ser dichosa ; pero cada dia, cada instante , me he ido convenciendo mas, y mas de vuestra hipocresia ; he conocido que si es posible perdonar las injurias , no lo es someterse tranquilamente à los caprichos del causante de ellas ; en fin : que si la bondad del natural puede impedir el rencor , y el deseo del mal à un hombre declarado por perfido , una justa fiereza se eleva sobre nuestra debilidad, y nos hace despreciar , no solo al amante traidor , si no à la inclinacion que nos arrastra hacia él.

En medio de la viveza de toda mi adhesion, en el seno de todo mi amor , concebí la resolution de renunciar à vos y de deciros : *ya no sois aquel à quien amaba* ; preferí el dolor à la injusticia : quise mas gemir con todo este esfuerzo que dejar pendiente mi felicidad de un hombre que ya era indigno de ser arbitro de ella ; he roto un comercio cuya irregularidad se me presentaba ; aquel hechizo lisongero que me lo ocultaba , ya no existe : yo misma me despreciaria si pensára que os amaba.

No

No lo dudeis, Milord, no lo dudeis : vos soys á quien detesto, á quien abomino para siempre ; no por haber abandonado una muger, no por haberos manifestado mas codicioso, y ambicioso que sensible, sino porque fingisteis vuestros sentimientos, porque soys un vil seductor, porque teneis unas ideas criminales, porque habeis tratado dura, è inhumanamente á vuestra amiga, á aquella cuya ternura os era tan apreciable, aquella que os era tan afectada, aquella que conociais digna de vuestras atenciones, y cuya sensibilidad jurasteis mil veces respetar. Os desprecio, por que os manejaisteis con bajeza ; porque incapaz de confianza y amistad recurristeis al engaño, medio infame, y del qual un hombre de vuestro nacimiento no puede usar sin verguenza. ¡ Ah sobre quantos puntos tubisteis el arte de seducirme ! En fin Milord ; no soys, no, aquel á quien mi corazon se rendía gustoso.

Mas sencilla que vos, os prometí mi amistad, y ahora renuncio á la vuestra ¿ pero que entendéis por amistad ? ¿ como se atreve à ofrecerla y decir que la continuará, un hombre que ya tiene sobre si el decreto de no verse jamás ? ¿ como se profana de este modo un nombre tan venerado de los corazones virtuosos ? ¡ que ! ¿ se abusa asi de un sentimiento tan noble, don precioso de la Divinidad que junta, une, interesa, enlaza á los mortales ? ¡ que ! ¿ en vuestra idea, Milord, no se presenta como un crimen de los mas execrables, el dañar á los que se tienen por amigos ?

Direis que no me habeis hecho perjuicio, y antes bien me prometiais que algun dia yo os deberia mucho : ¿ y mi tranquilidad ? ¿ y el dulce sosiego de mi alma ? ¿ y el haberos lisongea-

do

15

do sin fastidio mio de que habiais hallado en mi una muger á vuestra medida? ¿y el ser esto público en Londres? ¿Acaso está en vuestra mano restituirme la quietud de mi espíritu? ¿teneis poder para escusarme de las críticas?... restituidme la serenidad ¡Ah! que la habeis destruido y careceis de facultades para reparar la pérdida. La idéa fantástica de mi felicidad se ha desaparecido para siempre. Este ídolo tan querido y tan adorado, despojado de los adornos con que yo lo habia presentado en mi imaginación, no ofrece mas que un imperfecto bosquejo: Si, me avergüenzo del culto que tenia dispuesto rendirle; y mi corazon aunque engañado por sus deseos, escarmentado con la experiencia, conoce su error, conoce toda su ceguedad; lo siente con la mayor viveza, pero no puede bolber á su antiguo estado. A Dios Milord, á Dios para siempre, y para agradecerme algo, hasta en mi despedida, solo os diré; *que os deseo que nunca probeis una amistad tan tierna, tan sencilla y tan verdadera, como la que decís que me conservais.* Esto os debe convencer de que no amo vuestra ruína, ni vuestros infortunios.

D. Antonio. Arrogante es la Inglesa; y su cartá podría dar lugar á muchas, y muy útiles reflexiones, si la posada, (que si no me engaño es aquel primer edificio que se nos presenta) no impidiese nuestra conversacion por hoy.

Nuevo Prospecto al Semanario erudito y curioso de Salamanca.

Este Periodico, que empezó á publicarse en el mes de Octubre de 1793, no ha llenado á la verdad las esperanzas de muchos, que con razon podian prometerse otra cosa de un pueblo tan ilustrado. Mas sin embargo, en medio de muchas especies regulares que contienen los seis tomos hasta ahora publicados, hay algunas medianas, y no poca porcion de buenas, dignas del aprecio de los sabios, y que muestran la mejora de que es capaz este papel. El Editor, ansioso de comunicar á todos la sed de la instruccion, y esparcir por todas partes la verdadera y sana doctriua, ha puesto en practica quantos medios le ha dictado su prudencia para conseguir la reforma de su Semanario en la dilatada extension de los ramos que comprehende, y ya los lectores lo habrán advertido en las producciones recientemente publicadas; pero habiendo adoptado el plan publicado en el num. 170, y que le han remitido hombres de conocida prouidad, fina crítica, y vasta literatura, juntamente con las producciones que allí se refieren, no puedo menos de advertir á las personas que no hayan leído aquel plan, le tengan como nuevo Prospecto de este Semanario, y anuncio de la mejora que va á tener, seguros de que se observará en todas sus partes con la mayor exactitud.

(Este Semanario se publica tres veces en la semana, Martes, Jueves y Sábado, y consta cada numero de un pliego lo menos. Se remite á los señores Subscriptores todos los Correos, franco de porte por 14 reales al mes; y se admiten subscripciones en el despacho de este Periodico.

CON LICENCIA.

En la Imprenta de MARIA BRÓ Viuda, administrada por FERMIN NICOLAU, calle de las Ballesterias en las quatro Esquinas.